

# ÁRBOLES CAIDOS

Miguel Tébar Pérez

Cuando encontré el primer árbol talado no dije nada. Pensé que era alguien que tenía permiso, o que sabía lo que hacía. Aunque el tocón que allí quedó era una herida muda.

Luego fui encontrando más señales de una tala extensa, pero tampoco dije nada, tenía que ser algo necesario y el propio ayuntamiento debería estar al cargo de aquello. Y además seguro que otros lo habían visto ya y habrían avisado si fuera irregular. Pero sentía el corazón encogido y el aire espeso cuando el bosque clareaba y veía que hasta los árboles más grandes habían sido talados.

Un día llegué al corazón del bosque y sentí una honda tristeza cuando no vi el árbol bajo el que me sentaba a descansar y que se había convertido en un amigo. Era un roble magnífico bajo el cual pasé hermosos momentos de muchas mañanas de mi vida. No me avergüenza reconocer que a veces le hablaba, incluso le abrazaba. Me sentaba en una gran piedra que había a su pie y apoyaba la espalda en él. En seguida volvían los pájaros a sus cantos y sus vuelos, en seguida me sentía allí un pedazo más de bosque.

Cuando vi que no estaba y que de él sólo quedaba su enorme pie talado con la marca regular de la sierra y sus incontables anillos desnudos y a la vista, como un grito sordo e impúdico, sentí tristeza y rabia, una rabia irracional y excesiva, como si todos los árboles talados se me subieran a la garganta. No entendía qué razón podía haber para talar esos árboles. No entendía que pudiera haber pasado y que hubieran llegado al centro mismo del bosque para llevarse ese árbol que llevaba allí más de 200 años. Me senté en el inmenso asiento vacío, acaricié con los dedos esa herida y recordé lo que me contaba la abuela Marisa cuando le preguntaba para qué servían las avispas, o las arañas que todos parecíamos aborrecer excepto ella que las sacaba con paciencia de casa. Ella

nos decía que cada animal o planta por pequeño que fuera tenía su misión y que no teníamos que matar a ninguno. Cuando paseábamos por el campo siempre repetía que todo estaba unido por hilos invisibles y que no dejáramos huellas de nuestro paso. Un día nos cantó una canción que luego nos hizo aprender con la tenacidad de las mujeres solas y pegadas a la tierra:

“¿Para qué vale un mirlo,  
para qué un muflón,  
y una oruga, para qué?

¿Para qué sirven las mariposas,  
para qué las avispas,  
y una margarita, para qué?

¿Para qué me valen los delfines  
para qué los lagartos ocelados,  
y esa colina y ese musgo, para qué?

Quita a ese templo una columna,  
quita dos, quita tres,  
cuando se te haya caído encima  
entenderás para qué.

Ella hubiera protegido el bosque con sus razones y sus canciones. Por eso bajé al pueblo y sin pasar por casa fui el Ayuntamiento, con mi aspecto de abuelo cabreado. Allí no sabían nada y no me hicieron caso. Fui a hablar con la policía municipal y me dijeron que ese monte dependía de la Comunidad. Llamé a un teléfono que me dieron y expliqué el problema a varias personas que no supieron resolver nada.

Me fui a casa agotado y vacío. No era el único bosque, no eran los únicos árboles, pero era mi paisaje. Y era un bosque en el que no habíamos intervenido los hombres, estaba allí antes de nosotros, en una mezcla original y maravillosamente azarosa. Robles, alcornoques, encinas, enebros, algún madroño, romeros, tomillos, madreselvas, todo ello sin colocar, sin alinear, sin ordenar. Por allí se movían conejos, lagartos, mirlos, perdices, ratoncillos, pájaros carpinteros, oropéndolas, verdecillos, pinzones, águilas y palomas torcaces. Y sí, también avispas y mariposas y arañas.

No volví a ir, desolado y triste, escondido en otros paseos. No sólo empecé a sentir rencor por mis vecinos y los responsables del ayuntamiento y la Comunidad, si no que se agudizó entonces mi aversión por la humanidad en general. Y peor aún, por mí mismo. ¿Por qué no dije nada la primera vez? ¿Por qué no hice nada?

Finalmente tuve que vender la casa y me trajeron a la ciudad.

Hoy, encerrado en este hospital, leo con pena que las lluvias torrenciales, arrastrando lodo y piedras, han arrasado parte del pueblo. Ha muerto gente, se han perdido casas y tierras de cultivo. Han muerto animales. Y me acuerdo de ese árbol enorme y ese bosque que parecían no servir para nada para muchos de los que hoy quizá lloran y se preguntan si nada podría haber sujetado ese monte pelado, triste y silencioso. Y me

acuerdo de la abuela que acariciaba el tomillo y nos daba a oler sus manos para que nos llenáramos de monte.